

§ 3. Una metafísica en gestación

[Cf. *La deducción* I, 92-100, 108-116, 119-130, 135-136, 139-141, 142-146, 193-201]

Después de pasar en 1755 la Agregación a la Enseñanza Superior, Kant se mantiene apartado de todo movimiento hasta 1763. Es un primer período de silencio, de ocho a nueve años, del que no sabemos casi nada. La única indicación, bastante vaga después de todo, se nos da en el *Beweisgrund* [*Fundamento de la prueba*]: “Doy aquí la suma de largas reflexiones, pero su exposición es aún imperfecta e incompleta, porque a causa de otras ocupaciones me ha faltado tiempo.” Si este texto merece crédito —y por qué rehusárselo?—, Kant ha rumiado en silencio el contenido del *Beweisgrund*, donde ciertamente vemos ascender a la superficie todos los problemas dejados en suspenso todavía en la *Dilucidatio* de 1755. Por lo tanto nos parece fuera de propósito buscar estímulos extranjeros: al descubrir, siguiendo a Crusius, el vicio del ontologismo cartesiano, Kant debe a la reflexión continua sobre este problema lo que se ha convenido en llamar su empirismo. No se puede hablar, por lo tanto, de revolución, sino mejor de una evolución lenta y, en muchos aspectos, incluso penosa. Sin embargo el silencio y el aislamiento prolongados han dado sus frutos. De cosmológico que era en 1755, el pensamiento de Kant ha tomado resueltamente la dirección epistemológica. Kant se eleva, poco a poco, por encima de los problemas filosóficos particulares. Un problema más decisivo lo cautiva: la posibilidad de la metafísica.

Los comentadores han hecho un solo grupo indiferenciado con todos los escritos que Kant publica de 1762 a 1769. Si en este orden de discusiones se peca generalmente por exceso en la fragmentación, aquí sucede lo contrario. Con todo rigor hay que distinguir tres grupos de escritos en esta década. Pertenecen a un primer grupo, el *Ensayo sobre el silogismo*, el *Ensayo sobre las magnitudes negativas*, el *Fundamento de una demostración de la existencia de Dios y la claridad de los principios metafísicos*, manifestación de un esfuerzo considerable, realizado en 1762-1764, y orientado hacia el pasado tanto en el planteamiento de los problemas como en el es-

bozo de su solución. Un segundo grupo comprende, al lado de un escrito, los *Träume eines Geistersehers* [Sueños de un visionario], un programa de sus cursos llamado comúnmente el *Nachricht seiner Vorlesungen* [Informe o noticia de sus lecciones], y la correspondencia cambiada con Mendelssohn. En fin, la correspondencia con Lambert, el *Ensayo sobre la distinción de los lugares en el espacio*, la *Dissertatio* y las cartas a Herz hasta el 21 de febrero de 1772 inclusive, forman juntos el tercer grupo. En el primer grupo Kant resuelve el problema de la posibilidad de la metafísica, por el método newtoniano. El segundo grupo parece, a primera vista, poner en duda esta misma posibilidad, mientras que, a partir de 1776, se manifiesta indiscutiblemente algo nuevo en el espíritu de Kant. En el presente párrafo se tratará únicamente del primer grupo.

La cuestión de las influencias, siempre tan viva cuando se trata de la evolución kantiana, se resuelve en parte gracias a este agrupamiento. Puede uno asombrarse de que no se haya nunca invocado, a propósito de esto, un texto que bien podría restablecer la verdadera situación. Herder escuchó las lecciones de Kant de 1762 a 1764, y caracterizó más tarde, en 1795, la enseñanza que recibió entonces en términos mucho más exactos quizá de lo que se cree comúnmente. En todo caso parecen eminentemente descriptivos: "Mit ebendem Geist, mit dem er Leibniz, Wolf, Baumgarten, Crusius, Hume prüfte und die Naturgesetze Keplers, Newtons, der Physiker verfolgte, nahm er auch die damals erscheinenden Schriften Rousseaus, seinen *Emil* und seine *Heloïse*, sowie jede ihm bekannt gewordene Naturentdeckung auf, würdigte sie und kam immer zurück auf unbefangene Kenntnis der *Natur* und auf *moralischen Wert* des Menschen." ["Con el mismo espíritu con el que examinaba a Leibniz, Wolf, Baumgarten, Crusius y Hume, y perseguía las leyes naturales de Kepler, Newton y los físicos, tomaba también los escritos de Rousseau que acababan de aparecer, su *Emilio* y su *Heloïsa*, así como todo nuevo descubrimiento en la naturaleza del que tenía noticia; los apreciaba y volvía siempre al conocimiento imparcial de la naturaleza y al valor moral del hombre."] Tres verbos: *prüfte*, *verfolgte*, *würdigte*... Kant examina a los wolfianos, a Crusius y a Hume; se presenta

como seguidor de Newton y de los físicos; aprecia a Rousseau. El trabajo crítico y el patrocinio intelectual de Newton nos pintan exactamente el espíritu del primer grupo de escritos. Vamos a encontrar, en el siguiente grupo, el residuo intelectual del influjo rousseauiano. No se tratará, pues, ni del escepticismo ni de Hume. Kant conoce los escritos de Hume, puesto que los critica, pero éstos no ejercen en él influencia perceptible. Por el contrario, los problemas que se agitan en 1755 vuelven a ponerse sobre la mesa; las soluciones que recibirán serán más francas y más claramente desprendidas del ambiente wolfiano. Las soluciones convergentes que reciben estos problemas son las que Newton habría dado si la metafísica lo hubiera tentado. Son las que newtonianos como Maupertuis, D'Alembert y Euler, las que Lambert y Béguelin dieron efectivamente. Por otra parte, ni para Kant ni para sus contemporáneos la actitud filosófica que inspira sus soluciones es absolutamente nueva, pues, salvo la referencia a Newton, los problemas y sus soluciones se encuentran esbozados en la crítica de Crusius al racionalismo wolfiano. Las *quæstiones disputatæ* son las mismas que engendraba la metafísica de Leibniz y que ya hemos señalado: el problema del método, tratado por Kant en el *Preisschrift*; la distinción entre ser y pensamiento establecida en el *Beweisgrund*; la discusión de la causalidad a la que está consagrado el ensayo sobre las magnitudes negativas; el conflicto en relación con la concepción del espacio indicado también en el *Preisschrift* o en la *Deutlichkeit*. Veamos en qué consisten las soluciones, respetando el orden lógico que las gobierna.

Los años de 1755-1764 señalan un alineamiento general del pensamiento kantiano en las posiciones de Newton. El método de la metafísica no es el método sintético, matemático, cartesiano de Wolf, sino el método analítico de la física newtoniana. Ya en el pequeño escrito sobre el silogismo se manifiesta esta tendencia, sobre todo en la conclusión, que es lo único que nos interesa. El juicio analiza el concepto dado en el sujeto. El análisis de este concepto en sus notas constitutivas tiene por fin hacerlo claro. Concepción clásica del juicio que no tiene nada aún de la operación constructiva de 1787. El juicio no amplía el campo del conocimiento: se limita a clarificar el conocimiento adquirido. Permanece en

este caso, invariablemente, como una operación idéntica. Sin embargo, juzgar no parece agotar todo el conocer. Por conocer entendemos la ampliación positiva del saber, el descubrimiento de verdades desconocidas aún. Por su estructura analítica el juicio no responde a esta función. Luego, hay un conflicto entre el carácter analítico de la función judicativa y las verdaderas intenciones de la ciencia. En segundo lugar, todo juicio ocurre entre conceptos y le falta, en este caso, alcance trascendente. No es el órgano capaz de captar las cosas existentes. Conocer las cosas no consiste, pues, en el desarrollo clarificador de un contenido material, sino en el reconocimiento de la naturaleza de las cosas y de la razón de su existencia.

Es, pues, indispensable distinguir claramente entre el juicio sobre alguna cosa y esta cosa misma. Hay entre los dos la misma distinción que entre lo real y lo lógico, entre el ser y el pensamiento. Ahora bien, es en el *Beweisgrund* donde Kant va a establecer la distinción de que se trata con todas las consecuencias que implica. Kant nos advierte que meditó durante ocho o nueve años sobre el problema de la existencia de Dios y sobre los problemas que esta existencia plantea. De una manera imperfecta, por accidental, Kant había tratado ya de este tema en 1755, pero en la presente obra la discusión es más apretada, más firme, y la solución será de principio y definitiva; poco importa que sea el problema causal el que haya llevado a Kant a esta distinción o que la distinción misma entre ser y pensar haya determinado volver a plantear el problema causal.

La prueba ontológica de la existencia de Dios proporciona la ocasión y el tema del debate que Kant va a plantear. El concepto de ser encierra dos elementos distintos: primero, el concepto de una esencia o de una existencia puramente ideal; segundo, la posición de esta esencia en el orden de la trascendencia o la existencia real. La trascendencia no añade nada a la esencia. No es, pues, una propiedad de la cosa y no puede constituir un predicado atribuible en el juicio. El análisis del sujeto, función propia del juicio, explicita la esencia de la cual se halla formalmente excluida la existencia. La afirmación de la existencia real no tiene nunca por fundamento un análisis del sujeto, lo que equivale a decir que la

existencia real no es determinable por medio de la razón pura. La existencia, puesta en el juicio, será siempre la existencia relativa, mientras que la existencia trascendente es absoluta. Si se dice: *Dios es omnipotente* no se dice nada más que esto: *si Dios existe, será omnipotente*. Si se dice, por el contrario, *Dios es*, se enuncia que alguna existencia es Dios, y tenemos la posición absoluta de Dios.

Inmediatamente se presenta el problema: ¿cómo conocer una existencia absoluta? Sólo parece tener una solución: si el pensamiento, es decir el juicio, no puede percibir la existencia, hay que dirigirse a la experiencia y comprobarla empíricamente. Sin duda debe hacerse excepción con una sola existencia absoluta, a saber, con la de Dios. Kant no la concluye de la experiencia sino del concepto de lo posible. Abstracción hecha del carácter excepcional de la existencia divina, se ve fácilmente que la sugestión kantiana puede ser ampliada sin dificultad e invadir todo el dominio de la metafísica. Si la existencia es un hecho de experiencia, ¿qué valor atribuir a esta ciencia que rechaza deliberadamente la garantía de la experiencia? Tal pensamiento estará subyacente en toda la actividad kantiana a partir de este momento. En el ensayo sobre el silogismo, Kant nos dice que no se puede demostrar más que lo que está incluido en el sujeto. Como el sujeto no incluye la existencia real, ésta no es analíticamente demostrable. Se seguirá de ello, fatalmente, un separatismo metodológico, según que la ciencia se ocupe de lo real o de lo ideal. Nosotros vemos aquí la unidad y la convergencia impresionantes del pensamiento kantiano, así como su carácter personal. El empirismo de su pensamiento ha conducido a los intérpretes a ligarlo con Hume. Esto parece falso. Crusius proporciona el problema y Newton la solución. Si Kant confesó un día haber sido despertado de su sueño dogmático por Hume, la retrospectión kantiana no se refiere seguramente a este momento.

Por otra parte el problema de la existencia no está aislado. Sino que se liga y es solidario del problema de la causalidad, en el cual Kant vuelve a tomar el tema de la razón suficiente tan debatido desde que la metafísica de Leibniz alteró los hábitos de pensamiento de los físicos. Ya en 1755 —lo hemos visto— Kant hacía una distinción entre la razón real y la

razón lógica, pero identificaba la razón real con la causalidad. En 1763 Kant entrevió que la razón real wolfiana-crusiana no es sinónima de causalidad. La discusión no se refiere, pues, al principio sino a la noción de causalidad y a relaciones causales particulares. El razonamiento kantiano se lleva al cabo primero de una manera plenamente negativa, en el *Ensayo sobre las magnitudes negativas*. Kant quiere establecer una distinción radical entre la oposición lógica y la oposición real. En la primera afirmamos y negamos algo de un mismo sujeto. No hay sustitución de un predicado por otro, sino simplemente negación del primer predicado por el segundo. El resultado de la contradicción será, en este caso, un *nihil representabile*. La oposición real, por el contrario, no es una simple contradicción, sino que en ella reemplazamos un predicado por otro tan positivo como él. Así, el movimiento simultáneo e igualmente intenso en sentidos opuestos no produce el 0 absoluto, sino un estado real, el reposo. En la oposición lógica el resultado es un *nihil*, porque se violan en ella los principios formales del pensamiento, y esta violación sólo puede producir lo inconcebible. En la oposición real no violamos ningún principio, puesto que los principios rigen únicamente relaciones entre representaciones. El resultado será, en estas condiciones, algo real que sólo la experiencia nos permite comprobar.

No era difícil reducir la doble oposición a un caso particular de la oposición entre la razón lógica y la razón real; una oposición aclara a la otra. La relación lógica entre *Grund* y *Folge* [*principio* y *consecuencia*] se comprende y se explica por la identidad: así comprendemos que la divisibilidad sea la *Folge* de la composición. Pero no podríamos comprender ni explicar, por la vía de la identidad, cómo una cosa pueda derivar de otra. Ahora bien, ésta es la verdadera noción de la causalidad: ¿cómo es que una cosa existe porque otra cosa existe? La solución negativa está ya incluida en lo que precede: no puede descubrirse esto por medio de los principios de identidad y de contradicción. La solución positiva que Kant esboza está poco articulada: no podemos hacerlo —dice— por medio del juicio, sino sólo por medio de un concepto. Respuesta verdaderamente enigmática, verdadera *crux* para los comentadores. El juicio es el análisis de un concepto indis-

tinto con el fin de hacerlo claro. Ahora bien —dice Kant—, aclarar el concepto de causa parece imposible y toda relación causal debe ser considerada inexplicable. La causalidad figura, pues, como un dato inanalizable, no clarificable, que comprobamos en la experiencia. Kant se hace ilusiones acerca de la novedad de su conclusión. Cree haberla inventado completamente, aunque aparece con todas sus letras en Leibniz. Sea como fuere, el problema causal no toma su fórmula de Hume, a pesar de que en la solución que se le ha dado coincide con él en más de un aspecto. Kant debe el planteamiento del problema a Crusius y a su crítica de la razón suficiente; pero la solución que le da ha sido fecundada en gran medida por el tratamiento de la existencia y de la prueba ontológica de Dios.

Poseemos ya dos resultados notables que hacen gravitar el pensamiento kantiano fuera de la órbita wolfiana: la existencia real no es demostrable por medio del juicio, del análisis conceptual, del pensamiento puro; y la causalidad, a su vez, no puede serlo por estos medios. En ambos casos la comprobación en la experiencia nos asegura de una y otra. En ambos casos tenemos datos que, elevados al plano del conocimiento, son conceptos últimos, inanalizables. Se sigue de ahí que la metafísica (ciencia de cosas existentes) no podrá ser construida según el dispositivo wolfiano que corresponde al método sintético-matemático.

Tal será el resultado al cual llega Kant en el *Preisschrift* o la *Deutlichkeit*, el verdadero tratado del método del período pre-crítico. Hasta el momento los escritos de Kant, que van de 1762 a 1764, nos han enseñado, a propósito de algunos problemas particulares, cómo no debe ser construida la metafísica. En la *Deutlichkeit* nos enseña cómo hay que construirla y cuál es el verdadero método que debe presidir esta construcción. Kant establece el método metafísico oponiéndolo —lo mismo que más de un colega de la época— al de las matemáticas, y resuelve este problema metodológico fuera de toda consideración física. Kant es, única y definitivamente, filósofo. Las matemáticas constituyen la ciencia del pensamiento puro. Sus objetos son existencias ideales y su principio conductor es el de *Grund und Folge*. La metafísica, a su vez, no es una ciencia ideal; su objeto son existencias

reales, absolutas; su principio es el de causalidad. Las matemáticas son el tipo de la ciencia nocional. Ésta tiene por función aclarar un concepto, establecer todo su contenido objetivo, en una palabra: definirlo. Su primera exigencia es la definición. A partir de allí todo se puede demostrar, pues demostrar no es otra cosa que hacer surgir la necesidad de una determinación predicativa del sujeto. La ciencia nocional no conoce más que un solo elemento inanalizable: la identidad. ¿No ha intentado Wolf demostrar el principio de contradicción?

La filosofía, por el contrario, parte de datos, los analiza fielmente por medio de un trabajo reflexivo y llega, si es posible, a una definición. El punto de partida empírico es de rigor; la comprobación en el orden de la trascendencia es el único medio que puede aproximarnos a las cosas existentes. Las cosas son dadas, pero son dadas en bruto e indistintas, de la misma manera que la experiencia no da cuenta alguna de las relaciones metasensibles de que están investidas. Hay que hacerlas claras para hacerlas asimilables al entendimiento. Es el papel del trabajo reflexivo que actúa por el mismo procedimiento racionalista del análisis. Este trabajo se lleva al cabo siempre bajo la forma del juicio. Sólo que el análisis llega a un gran número de elementos inanalizables. Ninguno de sus elementos tiene una *Begründung* [fundamentación] racional pues no es susceptible de ser reducido a la identidad. Descartes perseguía su *Begründung* en el innatismo. Kant —que no fue en ningún momento partidario del innatismo— quería llenar la ausencia de una *Begründung* racional por el llamado a la comprobación en la experiencia. En lugar, pues, de comenzar con lo simple y lo claro, la metafísica tiene como punto de partida lo indistinto y lo complejo. Por ello está fuera de lugar el proceder sintéticamente a la manera de los matemáticos; en otras palabras, está prohibido comenzar por la definición de los datos. Al contrario, es éste el fin que hay que alcanzar y, por consiguiente, el punto de llegada del proceso demostrativo de la filosofía. El único punto de partida admisible es la comprobación empírica y el juicio inmediato sobre lo dado. Toda deducción sintética le está prohibida. En todo caso la metafísica, como cualquiera otra ciencia, tiende a aclarar los datos indistintos por su des-

membramiento en elementos simples, según el procedimiento del método analítico que busca las notas constitutivas de una esencia, que es una reflexión intelectual sobre los datos de la experiencia.

Este análisis corresponde al método newtoniano: el verdadero método de la metafísica es el mismo método que Newton ha introducido en la física. Como residuo último de este método lealmente aplicado, obtenemos los elementos simples de que están compuestos los datos. Estos elementos simples no son ya analizables: son los *Elementar-* o los *Grundbegriffe* [conceptos elementales o fundamentales]. Hay pocos en las matemáticas, pero en la metafísica son muy numerosos y habrá exactamente tantos juicios inmediatos como conceptos elementales. El fin ideal que el espíritu agita ante nuestros ojos consiste en hacer el censo completo de estos juicios materiales, indemostrables. El espíritu encontraría en esta recensión el esquema completo del mundo real, como más tarde la tabla categorial constituirá el esquema completo de nuestra actividad pensante. No busquemos la clave de este cambio en una u otra influencia extraña discernible en el *Preisschrift*. Recordemos simplemente que Kant se une al modo que reviste el pensamiento alemán en el conflicto internacional Descartes-Newton. Crusius, a su vez, había visto, con una perspicacia elogiabile, el papel de la definición en la estructura de las diferentes ciencias; había planteado el problema de los *Elementarbegriffe*; había percibido el carácter ineluctable de cierto empirismo en toda ciencia de hechos de pretensión realista, etcétera. Es él quien inspiró a Kant. Y Crusius no era el único en esta situación. En 1755, la Memoria de Béguelin, sobre los primeros principios de la metafísica (¡es éste el objeto mismo del tratado kantiano!), distinguía —de una manera sensiblemente semejante a la de Kant— el método de las matemáticas del de la filosofía. El *Neues Organon* [Nuevo órgano] de Lambert (1764) trata exactamente de los mismos problemas dejados por Crusius a la meditación de sus sucesores, y su *Architectonik* de 1772 prolonga la vía trazada, mientras que Kant se prepara a cambiar el newtonismo por el idealismo crítico. No hay lugar, realmente, para invocar a Hume a propósito de todo esto.

El asunto sería demasiado claro y demasiado fácilmente

inteligible si Kant no hubiera puesto todo en cuestión con una nota embarazosa. Comprendemos, por las indicaciones de la *Deutlichkeit*, la distinción entre los métodos matemático y metafísico, así como el dominio que circunscribe su aplicación, y podríamos concluir, con razón, acerca de su inasimilabilidad y su incomunicabilidad radical. Ahora bien, Kant nos quita el derecho a hacerlo, añadiendo que el método analítico tiene un carácter provisional, porque no ha llegado aún el momento de proceder sintéticamente en metafísica. Esto quiere decir, si las palabras tienen un sentido, que el procedimiento sintético recobrará sus derechos cuando el análisis haya terminado su papel esclarecedor. El ideal científico de los matemáticos y de los filósofos se confunde y sus destinos son comunes. Su distinción es un simple asunto de oportunidad y de tiempo; es decir, que a pesar del empirismo del cual Kant da prueba en este momento, el ideal de la construcción *a priori* de la ciencia universal conserva todo su brillo y ejerce todo su poder de atracción. El ideal de Descartes y de Hegel es aún, a pesar de todo, el ideal kantiano. Y este sueño pleno de esperanzas y sinsabores, coloca a Kant fuera de la dimensión newtoniana y positivista. Pero, abstracción hecha de este ideal lejano, la condición actual de la ciencia y quizá también la del hombre, exige imperiosamente a la metafísica seguir la vía de Newton. Kant no es empirista. Para un empirista la experiencia no es sólo el punto de partida sino también la trama constructiva prolongada de la ciencia. Kant ve en la experiencia un punto de partida, pero la ciencia se construye más allá según la factura de una ciencia racional. Los conceptos de la ciencia tienen un valor de trascendencia gracias a su carácter de sernos dados en la experiencia. El carácter objetivo está indisolublemente ligado al carácter dado de sus objetos.

Se comprende así cómo Kant va a aproximarse cada vez más a Newton en el último problema que forma parte de la disputa Descartes-Newton, justamente el problema del espacio. En 1755 —lo hemos hecho notar—, Kant estaba exactamente a medio camino entre los dos antagonistas. En los escritos que constituyen nuestro primer grupo, el espacio no está tratado explícitamente, pero Kant estudia su naturaleza y sus principales propiedades a título de ejemplos que sirven

para ilustrar sus investigaciones de orden metodológico. Kant ha ordenado, pues, las ideas que se formaba del espacio, siguiendo sus ideas epistemológicas. La orientación que toman estas últimas no lo conduce a modificar radicalmente las posiciones antes ocupadas. En efecto, el espacio del que se trata es el espacio geométrico, por tanto el espacio matemático, y, a causa de esto, no está llevado necesariamente por el movimiento hacia la experiencia, que caracteriza a este período. A pesar de ello su hesitación es extrema. En el *Beweisgrund* Kant se prohíbe dar una definición; hay en estas páginas una *Ahnung* [sospecha, presentimiento] muy fuerte de su naturaleza absoluta. Si en el tratado de Dios no se perfila ninguna posición definida, ocurre de otra manera en el tratado del método. Kant se aproxima al espacio newtoniano. Prohíbe a los matemáticos definirlo y comprenderlo. Ya en el *Ensayo sobre las magnitudes negativas* había negado a los matemáticos el derecho a ocuparse del espacio, mientras que otorgaba tal facultad a los filósofos. Pero los filósofos están obligados a considerarlo como un dato, como uno de esos conceptos elementales e inanalizables. El espíritu matemático no está equipado para captar su esencia. El filósofo en general, y Kant en particular, estudian el espacio sin considerar las sustancias que lo ocupan. Por tanto es separable de las sustancias, y si es separable de ellas representa otra cosa que la simple relación de su coexistencia o de su cooperación. Sin duda el espacio es un concepto, todavía no una intuición. Aunque la concepción definitiva esté ya prefigurada en dos líneas del texto donde Kant se expresa de la siguiente manera: "*Dergleichen Sätze lassen sich wohl erläutern, indem man sie in concreto betrachtet, um sie anschauend zu erkennen.*" ["Semejantes principios pueden aclararse si se les considera *in concreto*, si se les intuye para conocerlos."] Se trata del espacio tridimensional.

Podemos, pues, decir —a modo de resumen— que Kant ha consagrado su ruptura con el wolfianismo. El silencio de 1755-1762 ha sido saludable. Ha permitido a Kant, al salir de él, esbozar los trazos de una filosofía, extraña a la filosofía universitaria de la época, pero adecuada a la de los pensadores —científicos y filósofos— marcados por el newtonismo progresista.